



ISLAS, HOGARES DE PRÍNCIPES

Amadeo-Martín Rey y Cabieses
Doctor en Historia

En diversos mares y océanos hay islas que han sido predilectas de príncipes para sus estancias de recreo, o que sirvieron de forzado exilio y hasta de inopinado y húmedo panteón. Al oír hablar de Corfú o de Mallorca, pensamos quizás en la emperatriz Sisi o en el archiduque Luis Salvador de Austria-Toscana, respectivamente. La soberana austríaca habitaba allí la Villa Achilleion y el excéntrico y culto príncipe toscano en varias casas que adquirió en la isla balear, como La Estaca, Miramar o Son Marroig. La Villa Achilleion de la inquieta esposa de Francisco José I de Austria fue abandonada en 1898 y comprada nueve años más tarde por Guillermo II de Alemania que pasó por allí en 1907 para asistir en Atenas a la boda de su hermana Sofía.

Cuando alguien menciona las islas de Elba o la inhóspita de Santa Elena, nos viene a la mente la figura de Napoleón I, breve soberano de la primera y fallecido y enterrado temporalmente en la segunda hasta su traslado definitivo a los Inválidos de París. Su primera esposa, Marie Joséphe Rose Tascher de la Pagerie, conocida luego como Josefina de Beauharnais, por ser viuda del vizconde Alexandre de Beauharnais, era natural de otra isla, la caribeña Martinica, y la llamaban a veces “la Créole”, la criolla.

Algunos príncipes han tenido que permanecer en islas con encargos de gobierno como el Duque de Windsor, antes Eduardo VIII de Inglaterra, y luego gobernador general de las Bahamas (1940-1945) que vivió ese archipiélago con su esposa Wallis. O como Alfredo de la Gran Bretaña e Irlanda, Duque de Edimburgo, en la isla de Malta, donde mandaba la flota británica del Mediterráneo y donde nació su hija Victoria Melita. O Enrique de Battenberg, padre de la reina Victoria Eugenia de España, que fue gobernador de la isla de Wight y del castillo de Carisbrooke. O, finalmente, Jorge de Grecia, esposo de la famosa y difícil princesa María Bonaparte, que fue Alto Comisionado en Creta (1898-1906).

La citada emperatriz Isabel de Austria fue huésped de la isla de Madeira en el invierno de 1860-1861 y en 1883 al igual que Adelaida de Sajonia-Meiningen, reina consorte de Inglaterra, en 1848. Ambas habitaron la Quinta Vigia que se alza allí, cerca del parque de Santa Catarina y que fue propiedad del británico Mr. Davis. Esa Quinta, hoy sede del gobierno regional de Madeira, domina el puerto de Funchal y fue también residencia del archiduque Maximiliano de Austria, de un príncipe de Oldemburgo, del Duque de Leuchtenberg, así como de la emperatriz Amelia del Brasil y de su hija María Amelia que murió allí de tuberculosis en 1853. En esa isla portuguesa vivió la condesa Alexandra von Ostenburg, hija de Nicolás de Holstein-Gottorp, duque de Oldemburgo, y de Maria Bulatzelly, y allí casó en 1885 con Paul Vérola. Pero si hay un príncipe que ha dado fama a Madeira es el último emperador de Austria. Al llegar allí el 19 de noviembre de 1911 se instaló primero en la Villa Victoria, un anexo del Reid's Palace Hotel, y luego en la Quinta do Monte o Quinta Cossart, mandada construir en 1826 por

un británico, James Gordon. El beato emperador Carlos I murió santamente allí el 1 de abril de 1922, siendo enterrado en la Iglesia del Monte.

También hoy muchos príncipes eligen idílicas islas como lugares de descanso o residencia: Víctor Manuel de Saboya la isla corsa de Cavallo, Diane de Orleáns, duquesa de Württemberg, Mallorca, donde también veranea el rey Don Juan Carlos I en el palacio de Marivent. Haakon y Mette-Marit de Noruega compraron recientemente la pequeña isla Flatholmen, de 26.000 m², cerca de Risør, capital veraniega de la llamada “la Riviera Noruega”. Frances Shand Kydd, madre de Diana, princesa de Gales, vivió en la isla escocesa de Seil. Y recientemente Guillermo, hijo del Príncipe de Gales, eligió las Seychelles para pasar una temporada con Kate Middleton.